

Historias Acuarianas Para Niños

Cornelia y las Hadas de Colores por Hasmick Vee

Un caluroso día de verano, la pequeña Cornelia jugaba con sus muñecas en su lugar favorito: bajo las sombrías ramas de un gran ciruelo, en una esquina del largo jardín cubierto de hierba. Unos grupos de lirios hacían de ese rincón un sitio muy acogedor, y a Cornelia le gustaba imaginar que los pétalos eran alas de hada. Canturreaba feliz mientras colocaba sus muñecas alrededor del fuerte tronco del amable ciruelo.

Alguien había dejado un espejo en el césped. Cuando Cornelia lo alcanzó, notó una hermosa franja de colores del arcoíris en el borde biselado.

—¡Oh! —exclamó Cornelia, maravillada—. ¿Cómo sucedió eso?

Tomó el espejo y lo movió de un lado a otro. Entonces descubrió que un rayo de sol hacía brillar los colores en el borde del espejo. Cornelia se quedó sentada mirando el espejo en su mano, todavía preguntándose sobre el pequeño arcoíris que aparecía y desaparecía al moverlo, cuando una risita tintineante flotó en el aire. Luego escuchó una voz melodiosa que decía:

—Te lo contaremos si juegas con nosotras.

Al oír esa vocecita, Cornelia se convirtió en la niña más sorprendida que hayas visto jamás. Tenía la boca como una **O** y sus ojos marrones parecían dos **o** más pequeñas. Se quedó mirando una y otra vez a la pequeña figura que estaba frente a ella. Sabía que debía ser una de las hadas, pero casi no podía creer lo que veían sus ojos.

Finalmente, logró preguntar:

—¿Quién eres tú?

—Yo —respondió el pequeño ser— soy la reina de las hadas de los colores.

Y así era, porque una pequeña y delicada corona descansaba sobre su cabeza y sostenía una varita dorada en una de sus manos.

—No sabía que existían las hadas de los colores —dijo Cornelia, sintiéndose más tranquila.

—Oh, sí —sonrió la reina de las hadas—. Somos muchísimas. Aunque la gente casi nunca nos ve, ven el trabajo que hacemos en todo el ancho mundo.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Cornelia con entusiasmo.

En ese momento, un coro de vocecitas tintineantes que no se veían cantó la respuesta:

*Nuestro trabajo es jugar,
nuestro trabajo es jugar.
Hacemos que el mundo
sea brillante y alegre.*

—Verás —explicó la reina de las hadas—, nosotras mezclamos los colores que van dentro de las flores, las frutas y todo lo que ves a tu alrededor. A dondequiera que vamos, pensamos en maneras de hacer que el mundo sea un lugar más hermoso y lleno de color para vivir. ¿Te gustaría ver un poco de esto?

—¡Oh, me encantaría! —respondió Cornelia, aplaudiendo de alegría.

—¡Bien! —dijo la reina de las hadas—. Entonces empezaremos nuestro juego. Pero primero déjame explicarte cómo se forma el arcoíris. La luz del sol es blanca y pura para tus ojos, pero en

realidad está hecha de siete colores diferentes. Cuando la luz blanca y pura se divide, como pasó en el espejo y como pasa en el cielo después de la lluvia, entonces puedes ver cada color por separado, formando la banda de siete colores. Nosotras los combinamos de distintas maneras para formar los muchos tonos y matices que ves a tu alrededor.

Luego, agitando su varita, dijo:

—Ven, Rojo y Azul, comenzaremos nuestro juego.

En ese instante, aparecieron un hada vestida completamente de azul y otra toda de rojo. Cada una hizo una pequeña reverencia a la reina y a Cornelia. Entonces Rojo se paró delante de Azul, y el color se volvió **morado**.

—¿Qué cosas has visto de ese color? —preguntó la reina de las hadas a Cornelia.

—¡Oh, ya sé! —respondió ella rápidamente—: las violetas, los lirios, las uvas y las ciruelas.

—Sí, es correcto —respondió la reina de los colores.

—Ahora llamaré al señor Amarillo —dijo la reina.

*Señor Amarillo, señor Amarillo,
eres un sujeto muy alegre.*

—¡Aquí estoy, aquí estoy! —respondió una voz alegre mientras aparecía un personajito vestido de amarillo soleado.

—¡Oh! —dijo Cornelia—, tú eres el color del sol, de los limones y de los botones de oro.

—¡Qué combinación tan graciosa! Pero tienes razón, señorita Cornelia, tienes razón —terminó con una risita tintineante.

—¡Ah! ¿Cómo sabes mi nombre? —dijo Cornelia, sorprendida.

—Oh, somos sabios, somos sabios, aunque no somos muy grandes de tamaño —respondió el señor Amarillo, girando sobre sus diminutos pies.

Entonces, ¿qué crees que hizo Amarillo? Se paró delante de Rojo, y el color ahora era...

—¡Naranja! —exclamó Cornelia—. Ahora eres del color de una naranja.

—También del color de las zanahorias y las calabazas —dijo Amarillo.

—Ahora me pondré delante de Azul —dijo Amarillo.

—¡Ahora eres tan verde como el pasto! —dijo Cornelia.

—Y los árboles y muchas verduras son verdes, como sabes —añadió la reina de las hadas.

—Espero que hayas disfrutado este pequeño juego y que al mismo tiempo hayas aprendido algo sobre los colores —dijo la reina.

—¡Oh, sí, gracias, así ha sido! —exclamó Cornelia—. ¿Volverán a venir a enseñarme más cosas sobre los colores?

—Claro que sí —respondió la reina de las hadas con amabilidad—. Pero ahora debemos despedirnos, porque tenemos muchos lugares que visitar y muchas cosas que hacer. Debo asegurarme de que todos nuestros pequeños ayudantes estén haciendo bien su trabajo para cumplir mi propósito, que, como ya sabes, es hacer del mundo un lugar más hermoso y lleno de color para vivir.

Cornelia intentó decir algo más, pero antes de que pudiera hablar, los pequeños seres habían desaparecido.

¿Habrá sido un sueño? No. Cornelia estaba completamente despierta y, además, la reina de las hadas le había prometido volver para enseñarle más sobre el maravilloso mundo de los colores.

Miró a su alrededor y volvió a ver el espejo. Lo recogió y pensó:

—Ahora sé de dónde vienen estos bonitos colores.